

## RELATOS DE LO REAL Y DE LO IMAGINARIO

Lena Cano Villanueva

### MALEK

Ayer recordé a Malek.

Fue en una fiesta infantil de cumpleaños. Niños de entre cinco y diez años esperaban ansiosos el momento de la entrega de regalos al homenajeado. Cuando llegó el momento, cada uno de los pequeños invitados entregaba por orden su regalo y recibía de la anfitriona una golosina a cambio.

El niño recibía el paquete con ojos muy abiertos y ansiosos; tras abrirlo, lo contemplaba un par de segundos y lo arrojaba detrás de él para tomar otro. Los adultos se parecen en eso: la resolución de un misterio produce un placer menos duradero que pensar en el misterio en sí. Algunos incluso prefieren las preguntas a las respuestas.

El ritual continuó. La madre del niño que cumplía años ofreció la golosina al que acababa de darle su regalo, pero éste le dijo: «No, no quiero, gracias.»

Y entonces recordé a Malek.

Fue el año pasado, en Siria. Viajábamos entre Palmira y Hama, y hubo consenso en detener la furgoneta y estirar las piernas. Desde una lejana casa de adobe, con cúpula en forma de huevo, vimos salir un niño que empezó a correr todo lo deprisa que podía hacia nosotros. La tierra yerma, reseca, levantaba polvo bajo sus pies. R. comentó que, al ver extranjeros, el motivo de su prisa sería pedirnos dinero. Lo cierto es que en muchas ocasiones suele ser así.

Pero no en ésta. Cuando llegó hasta donde estábamos se limitó a mirarnos con una extraña mezcla de curiosidad y timidez, mientras se estrujaba las manos. No debía tener más de ocho años. Yo me agaché para ponerme a su altura y, en un impecable estilo tarzanesco, me señalé y dije mi nombre. «¿Y tú?», añadí tocándole con suavidad en el pecho. «Malek», me respondió.

Busqué en mis bolsillos, encontrando un caramelo, que le ofrecí. Él vaciló en tender la mano, mientras se ponía colorado hasta las orejas, y dijo en voz baja *shucran* (gracias). M. dijo: «Espera, yo tengo otro», y también se lo entregó.

Después de un rato, llegó el momento de irse. Malek echó a correr hacia su casa, y entonces vimos otros tres niños, más pequeños, caminando hacia él; la menor, de poco más de un año, andaba a trompicones con los brazos extendidos.

Cuando Malek se encontró con ellos, desde el coche le vimos abrir los caramelos, partíroslos en dos con los dientes y entregar a cada uno una mitad. Generoso Malek.

Ayer, cuando vi a un niño rechazar una golosina, recordé que para Malek y sus hermanos había sido algo excepcional. Se desea lo que no se tiene.

Los niños de la fiesta no son peores que Malek. Todos son niños. El criajo egoísta, exigente y malhumorado puede que sea más habitual en nuestra sociedad, pero es un problema de educación o, más bien, de su ausencia. Los niños que había en la fiesta eran un encanto: no hubo pataletas, peleas o caprichos estúpidos. Simplemente, uno de ellos rechazó algo que no le apetecía, porque las golosinas no son un bien escaso.

Lo mismo podría decirse de los adultos, apreciamos aquello que cuesta conseguir; pero esta sociedad hedonista crea insatisfacciones al ofrecer accesorios inalcanzables mientras que se minusvalora la importancia del esfuerzo. Lo quiero todo y lo quiero ya, y además tengo derecho, así que esfuerzos los justos.

Sin embargo, lo único que se demuestra al comparar el mundo de Malek con el nuestro es la importancia del entorno para convertirnos en lo que somos. A veces mejores, a veces peores. A veces, simplemente distintos.

## ARETÉ

—No he venido para eso, ya lo sabes. Sin embargo, si me sobra tiempo intentaré liberarte de ese titánico empeño.

—Vuelves a burlarte de mí. Dudo que consigas nada en un rato, yo casi lo he dejado por imposible... Ah, aquí llega —Aristón se acercó al niño que acababa de entrar en la estancia y lo condujo hasta su interlocutor—. Éste es mi hijo Platón. Saluda al noble Sócrates.

—Es un honor conocerte, dicen que eres muy sabio.

—No deberías hacer caso a todo lo que oyes —respondió el invitado.

—Os dejo. Tengo algunos asuntos que atender. Pórtate bien, sé digno del honor que te hacen.

—Sí, padre.

Aristón inclinó la cabeza y salió. Sócrates invitó al joven Platón a sentarse a su lado.

—Me gustaría explicarte una historia, si no tienes inconveniente.

—Sí, por favor —respondió el muchacho.

—Pues bien, has de saber que antes de que nuestro mundo existiera, una mente infinita habitaba el universo. Decidió que el pensamiento puro ya no le satisfacía y decidió crear objetos.

—¿Qué clase de objetos?

—Esferas dentro de esferas. Estaba en todas ellas y en todas hizo cosas asombrosas. Pero sólo hablaré de la que más nos atañe: la que nos da cobijo en este instante.

»Creó el día y la noche. Trazó mapas en su imaginación que plasmó sobre la tierra aún sin desbatar. Aquí puso un río, allá una montaña. Lo hizo con la precisión y el amor de un

artista. Pero la tarea era tan vasta que empezó a resultarle tediosa, así que imaginó unos seres que le ayudaran. De este modo fueron creados los dioses.

Platón carraspeó.

—¿Sí? —inquirió Sócrates con el ceño fruncido.

—¿Esta historia es verdadera?

—¿Tú qué opinas? —al apercibirse de que Platón dudaba, le apremió—. ¿Y bien?

—Perdóname, noble Sócrates, pero creo que no.

—Ciertamente, me la estoy inventando —confirmó Sócrates—. ¿Acaso eres incapaz de extraer enseñanza de una historia imaginaria?

—No, no —el niño parecía avergonzado—. Sólo quería estar seguro.

—Por otra parte, siempre cabe la posibilidad de que un dios me la esté susurrando en el oído.

Platón pareció desconcertado, aunque optó por callar.

—Como decía, el dios primero fue cubriendo el mundo con las cosas que imaginaba. Él las concebía y los dioses creados se encargaban de ponerlas en su sitio. Pensaba en un caballo y al instante cientos de caballos existían.

—Pero entonces... —Platón se interrumpió.

—Continúa —le animó Sócrates.

—Entonces el caballo real era el imaginario.

—Explícate mejor.

—Los caballos que existen serían meras copias de la idea original.

Sócrates se palmeó los muslos.

—¡Excelente! Una idea realmente excelente, muchacho.

Se mesó la barba, ocultando una sonrisa, al ver cómo Platón enrojecía de orgullo.

—Finalmente —continuó—, el mundo quedó casi como lo conocemos. Aves en el cielo, peces en el mar... y hombres por todas partes. El dios primero pasó un tiempo con sus criaturas, los dioses del Olimpo, pero se aburría lo indecible con sus tonterías.

»El trabajo parecía acabado, pero no se sentía satisfecho. De pronto supo por qué: su gran obra carecía de alma. Sus creaciones se limitaban a comer, procrear y morir, sin saber que habían vivido. Sus movimientos eran azarosos, sin la guía de un motivo, de una intención. Era un mundo sin armonía, sin color ni volumen. Un simple dibujo sobre un pergamino.

»Decidió reducir su inmensa singularidad a un cuerpo minúsculo y mezclarse entre los fantasmas que había creado.

»Durante un tiempo que nadie sería capaz de medir, caminó por el mundo sin saber cómo darle una vida verdadera. Hasta que un día encontró a un anciano sentado sobre una piedra, con una manzana como único alimento. Se acercó a él y lo miró a los ojos. El anciano tomó su mano y puso en ella la fruta.

»Tal vez la proximidad de una mente pura había penetrado tanto que le había generado pensamientos propios, de modo que el anciano comprendió que ese alimento serviría mejor a alguien con mucha vida por delante que a quien se encontraba al final de sus días. La decisión de entregar su comida implicaba la conciencia de su propia existencia y su renuncia a ella, en el mismo instante.

»El dios se sintió profundamente conmovido ante este hecho, de una innegable virtud. Pero los seres inmortales no comen, ¿lo sabías?

—¿Qué son el néctar y la ambrosía, entonces?

—Imitaciones de la comida verdadera —dijo Sócrates, y advirtió cómo el joven vacilaba en continuar hablando—. ¿Sí?

—Yo... se me ocurre que...

—Continúa, por favor —le alentó.

—Si los dioses imitan nuestro acto de comer y otros comportamientos de los hombres es porque quieren ser como nosotros... porque saben que no están vivos de verdad —de repente bajó la vista hacia el suelo y enrojeció al darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

Pero Sócrates sonrió levemente, sintiéndose muy complacido.

—Muchacho, lo que acabas de decir se acerca peligrosamente a la impiedad. Sin embargo, demuestra que eres capaz de pensar y ver más de una cara del poliedro.

Platón alzó la vista, felizmente sorprendido por la respuesta de Sócrates, y le rogó que continuara.

—En cuanto el dios tomó la manzana de las manos del anciano, comprendió que comer el fruto supondría la muerte para ambos. El anciano no tendría fuerzas para encontrar más comida, y si él tomaba alimento debería entregarse como alimento tarde o temprano, y por tanto convertirse en mortal, pues el entramado de su plan exigía que aquel que tomara debía darse después —después de una pausa, añadió—: ¿Cuál crees que fue su decisión?

Platón reflexionó unos instantes.

—Creo que halló la respuesta que buscaba. Podría transmitir pequeñas partes de su alma y su sabiduría a quienes se alimentaran de él. Tal vez fuera ese el modo de dotar a sus criaturas de vida verdadera —miró a Sócrates, expectante—. ¿Comió la manzana?

Sócrates sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Sí, se entregó. Aceptó su mortalidad. Pero era el origen de cuanto existía y su presencia ocupaba todas las esferas, por lo que aún vivió miles de años. Escogió a un joven para que le sirviera de ayudante. Cuando éste murió, plantó un árbol sobre su tumba y tomó a otro. Fueron muchos sus discípulos. Su mera presencia bastaba para otorgar de una sombra de pensamiento a esos seres de barro.

»Cuando llegó el día de su propia muerte, el último de sus compañeros acometió la tarea más ingrata, aquella que sólo puede hacerse cuando hay un profundo amor detrás: desmembró al dios en un sinnúmero de fragmentos, dividió su corazón en cuatro partes, recogió su sangre, extrajo sus ojos de las cuencas, separó las manos de sus brazos, los dedos de sus manos, y así parte por parte. Al terminar, se dirigió con su penosa carga a los cuatro puntos cardinales. Enterró los fragmentos de su cuerpo a lo largo del camino y dio sepultura a su corazón en cuatro puntos equidistantes escogidos con sumo cuidado. Siempre plantaba encima un árbol y lo regaba con la preciosa sangre. Las raíces absorbieron la esencia del dios, recibiendo el vigor de la vida verdadera. Aquellos árboles fueron los primeros en alcanzarla, y de ellos la tomaron el resto de las criaturas. Poco a poco, la auténtica vida se fue extendiendo. Y cuando su último discípulo yacía viejo y enfermo en el refugio de unas buenas personas que lo habían acogido, tuvo el privilegio de verlos hablar, reírse, trabajar juntos, hacerse preguntas, tal vez simples, y alcanzar respuestas, tal vez pequeñas, pero que poco a poco abarcaban más. Y murió en paz, feliz por haber formado parte del origen de la vida que se conoce a sí misma.

Después de unos instantes, Platón dijo:

—Es una historia asombrosa. Me gustaría que fuera cierta, pero ¿quién podría ser capaz de tanta bondad?

—No está en nuestra mano acometer un acto de tal grandeza —acordó Sócrates—. Sin embargo, hay otras pequeñas cosas que podemos emprender para el bien común, cosas que nos hacen mejores y más sabios.

»¿Qué te parece si, para cerrar esta historia, comemos una apetitosa manzana del árbol que hay en el patio?

Platón miró hacia el suelo y susurró:

—No me gusta la fruta, pero... pero creo que debería comerla.

Cuando Aristón entró en la estancia halló a Sócrates y a su hijo sentados en un banco, Platón le estaba dando un enorme mordisco a una manzana. Una expresión sorprendida apareció en su rostro.

—Hijo, ahora deberías dejarnos. Despídete del noble Sócrates.

—Gracias por tu maravillosa historia —dijo Platón—. ¿Volveremos a hablar?

—Eso espero —asintió Sócrates.

Platón salió de la estancia. Aristón se volvió hacia su invitado:

—¿Cómo has conseguido que se coma esa fruta?

—Es un muchacho más razonable de lo que crees —respondió Sócrates.

—¿Ah, sí? —Aristón se rascó la cabeza, pensativo—. ¿Y tú? ¿Has tenido suerte con lo que estabas buscando?

—La mejor de las suertes, amigo mío. Mi preocupación, como sabes, es que nuestra ciudad perdure y se haga mejor y más grande. Para ello es preciso encontrar la excelencia latente entre nuestros jóvenes. Me gustaría que me permitieras ser el maestro de tu hijo.